

a **CAPÍTULO TRIGÉSIMO PRIMERO**

a Andrés hasta el último maravedí, a despecho y pesar de cuantos villanos hubiese en el mundo. A lo que ella respondió que advertiese que no podía, conforme al don prometido, entremeterse en ninguna empresa hasta acabar la suya, y que pues esto sabía él mejor que otro alguno, que sossegase el pecho hasta la vuelta de su reino.

- Así es verdad - respondió don Quijote -, y es forzoso que Andrés tenga paciencia hasta la vuelta como vos, decís; que yo le torno a jurar y a prometer de nuevo de no parar hasta hacerle vengado y pagado.

- No me creo de esos juramentos - dijo Andrés. Más quisiera tener ahora con que llegar a Sevilla que todas las venganzas del mundo. Deme, si tiene ahí, algo que coma y lleve, y quédese con Dios su merced y todos los caballeros andantes, que tan bienandantes sean ellos para consigo como lo han sido para conmigo.

Sacó de su respuesto Sancho un pedazo de pan y otro de queso, y dándoselo al mozo, le dijo:

- Tomá, hermano Andrés, que a todos nos alcanza parte de vuestra desgracia.

2

CAPÍTULO TRIGÉSIMO PRIMERO

- Pues ¿qué parte os alcanza a vos? - Preguntó Andrés.

- Esta parte de queso y pan que os doy - respondió Saúcho -, saber que Dios sabe si me ha de hacer falta o no; porque os hago saber, amigo, que los escuderos de los caballeros andantes estamos sujetos a mucha hambre y a mala ventura, y aun a otras cosas que se sienten mejor que se dicen.

Andrés asió de su pan y queso, y riendo que nadie le daba otra cosa, abajó su cabeza y tomó el camino en las manos, como suele decirse. Bien es verdad que, al partirse, dijo a don Quijote:

- Por amor de Dios, señor caballero andante, que si otra vez me encontrare, aunque vea que me hacen pedazos, no me socorra ni ayude, sino déjeme con mi desgracia, que no será tanta, que no sea mayor la que me vendrá de su ayuda de vuestra merced, a quien Dios maldiga, y a todos cuantos caballeros andantes han nacido en el mundo.

Íbase a levantar don Quijote para castigalle, más él se puso a correr de modo que ninguno se atrevió a seguirle. Quedó corridísimo don Quijote del cuento de Andrés, y fue menester que los demás tuviesen mucha cuenta con no reírse, por no acaballe de correr del todo.

CAPÍTULO TRIGÉSIMO PRIMERO



F. Botté

④

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SEGUNDO

CAPÍTULO XXXII

Que trata de lo que sucedió en la venta a toda la cuadrilla de Don Quijote.

Acabose la buena comida, ensillaron luego y, sin que les sucediese cosa digna de contar, llegaron otro día a la venta espanto y asombro de Sancho Panza; y aunque él quisiera no entrar en ella, no lo pudo huir. La ventera, ventero, su hija y Maritornes, que vieron venir a don Quijote y a Sancho, les salieron a recibir, con muestras de mucha alegría, y él los recibió con grave continente y aplauso, y díjoles que les aderezasen otro mejor lecho que la vez pasada. A lo cual le respondió la huéspeda que como la pagase mejor que la otra vez, que ella se le daría de príncipes. Don Quijote dijo que sí haría, y, así, le aderezaron uno razonable en el mismo camaranchón de marras, y él se acostó luego, porque venía muy quebrantado y falto de juicio.

No se hubo bien encerrado, cuando la huéspeda arremetió al barbero y, asiéndole de la barba, dijo:

6

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SEGUNDO

— Para mi santiguada que no se ha aún de aprovechar más de mi raba para su barba, y que me ha de volver mi cola, que anda lo de mi marido por esos suelos, que es vergüenza idigo, el peine, que solía yo colgar de mi buena cola.

No se la quería dar el barbero, aunque ella más tiraba, hasta que el licenciado le dijo que se la diese, que ya no era menester más usar de aquella industria, sino que se descubriese y mostrase en su misma forma y dijese a don Quijote que cuando le despojaron dos ladrones galeotes se habían venido a aquella venta huyendo, y que si preguntase por el escudero de la princesa, le dirían que ella le había enviado adelante a dar aviso a los de su reino como ella iba y llevaba consigo el libertador de todos. Con esto dio de buena gana la cola a la ventera el barbero, y asimismo le volvieron todos los adherentes que había prestada para la libertad de don Quijote.

(7)

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SEGUNDO

Éspantáronse todos los de la venta de la hermosura de Dorotea, y aún del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el cura que les aderezasen de comer de lo que en la venta hubiese, y el huésped, con esperanza de mejor paga, con diligencia les aderezó una razonable comida. Y a todo esto dormía don Quijote, y fueron de parecer de no despertalle, porque más provecho le haría por entonces el dormir que el comer. Trataron, sobre comida, estando delante del ventero, su mujer, su hija, Maritornes y todos los pasajeros, de la extraña locura de don Quijote y del modo que le había hallado. La huéspeda les contó lo que con él y con el arriero les había acontecido, y mirando si acaso estaba allí Sancho, como no le viese, contó todo lo de su mantenimiento, de que no poco gusto recibieron. Y como el cura dijese que los libros de caballerías que don Quijote había leído le habían vuelto el juicio, dijo el ventero:

- No sé oye, yo cómo puede ser eso, que en verdad que, a lo que yo entiendo, no hay mejor letrado en el mundo, y que tengo ahí.

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SEGUNDO

dos o tres de ellos, con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no sólo a mí, sino a otros muchos. Porque cuando es tiempo de la siega, se recogen aquí las fiestas muchos segadores, y siempre hay algunos que saben leer, el cual coge uno de estos libros en las manos, y rodeámonos de él más de treinta y estámosle escuchando con tanto gusto, que nos quita mil canas. A lo menos, de mí sé decir que cuando oyo decir aquellos goribundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querría estar oyéndolos noches y días.

— Y yo ni más ni menos — dijo la ventera —, porque nunca tengo buen rato en mi casa sino aquel que vos estáis escuchando leer, que estáis tan embobado, que no os acordáis de reñir por entonces.

— Así es la verdad — dijo Maritornes —, y a buena se que yo también gusto mucho de oír aquellas cosas, que son muy lindas, y más cuando cuentan que se está la otra señora debajo de unos naranjos abrazada con su caballero, y que les está una dueña haciéndoles la guarda, muerta de envidia y con mucho

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SEGUNDO

sobresalto. Dijo que todo esto es cosa de mieles.

- Ya vos ¿qué os parece, señora doncella?

- dijo el cura, hablando con la hija del ventero.

- No sé, señor, en mi ánima -respondió ella-

También yo lo escucho, y en verdad que aunque no lo entiendo, que recibo gusto en oírlo; pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los caballeros hacen cuando están ausentes de sus señoras, que en verdad algunas veces me hacen llorar, de compasión que les tengo.

- Luego ¿bien las remediárais vos, señora doncella -dijo Dorotea-, si por vos lloran? - No sé lo que me hiciera

-respondió la moza -: sólo sé que hay algunas señoras de aquellas tan crueles, que las llaman sus caballeros tigres y leones y otras mil inmundicias. ¡v Jesús!, yo no sé qué gente es aquella tan desalmada y tan sin coincencia, que por no mirar a un hombre

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SEGUNDO

Honrado le dejan que se muera o que vuelva loco. Yo no sé para qué es tanto melindre: si lo hacen de honradas, cédense con ellos, que ellos no desean otra cosa.

- Calla, niña - dijo la reentera -, que parece que sabes mucho de estas cosas, y no está bien a las doncellas saber ni hablar tanto.

- Como me lo pregunta este señor - respondió ella -, no puede dejar de responderlo.

- Ahora bien - dijo el cura -, tráedme, señor huésped, aquellos libros, que los quiero ver.

- Que me place - respondió él.

Y entrando en su aposento, sacó de él una maletilla vieja, cerrada con una de cadonilla, y, abriéndola, halló en ella tres libros grandes y unos papeles de muy buena letra, escritos de mano. El primer libro que abrió vio que era Don Cirongilio de Tracia, y el otro, de Felixmarte de Hircania, y el otro, la Historia del Gran Capitán Gonzalo Hernández de Córdoba, con la vida de Diego García de Padada. Así como el cura leyó los dos títulos primeros, volvió el rostro al barbero y dijo:

- Falta nos hacen aquí ahora el ama de mi amigo

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SEGUNDO

y su sobrina.

- No hacen - respondió el barbero -, que también sé yo llerlos al corral o a la chimenea, que en verdad que hay muy buen fuego en ella.

- Luego ¿Quiere vuestra merced quemar más libros? - dijo el ventero.

- No más - dijo el cura - que estos dos, el de Don Cirongilio y el de Felixmarte.

- Pues ¿por ventura - dijo el ventero -. Mas si alguno quiere quemar, sea ese del Gran Capitán y de ese Diego García, que antes dejaré quemar un hijo que dejar quemar ninguno de esotros.

- Hermano mío - dijo el cura -, estos dos libros son mentirosos y están llenos de disparates y devaneos y este del Gran Capitán es historia verdadera y tiene los hechos de Gonzalo Hernández de Córdoba, el cual por sus muchas y grandes hazañas mereció ser llamado de todo el mundo «Gran Capitán», renombre famoso y claro, y de él solo merecido; y este Diego García de Paredes fue un principal caballero, natural de la ciudad de Trujillo, en Extremadura, valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales, que detenía con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia, y, puesto

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SEGUNDO

con un montante en la entrada de una puente, detuvo a todo un innumerable ejército, que no pasase por ella; y hizo otras tales cosas, que si, como él las cuenta y las escribe él asimismo, con la modestia de caballero y de coronista propio, las escribiera otro libre y apasionado, pusieran en duido los de los Héctores, Aquiles y Roldanes.

- ¡Tomaos con mi padre! - dijo el ventero. ¡Mirad de qué se espanta, de detener una rueda de molinos! Por Dios, ahora había vuestra merced de leer lo que hizo felixmarte de Hircania, que de un revés solo partió cinco gigantes por la cintura, como si fueran hechos de habas, como los frailecicos que hacen los niños. Y otra vez arremetió con un grandísimo y poderosísimo ejército, donde llevó más de un millón y seiscientos mil soldados, todos armados desde el pie hasta la cabeza, y los desbarató a todos, como si fueran manadas de ovejas. Pues ¿qué me dirán del bueno de don Cirongilio de Tracia, que fue tan valiente y animoso como se verá en el libro, donde cuenta que navegando por un río le salió de la mitad del agua una serpiente de fuego, y él, así como la vio, se arrojó sobre ella, y se puso a horcajadas encima de sus escamosas espaldas, y la apretó con ambas manos la garganta con tanta fuerza, que viendo la

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SEGUNDO

Serpiente que la iba ahogando no tuvo otro remedio sino dejarse ir a lo fondo del río, llevándose tras sí al caballero, que nunca la quiso saltar? Y cuando llegaron allí abajo, se halló en unos palacios y en unos jardines tan lindos, que era maravilla, y luego la serpiente se volvió en un viejo anciano, que le dijo tantas de cosas, que no hay más que oír. Calle, señores, que si oyese esto, se volvería loco de placer. ¡Dos ligas para el gran capitán y para ese Diego García que dice!

Oyendo esto Donoteo, dijo callando a Cardenio: -Poca le falta a nuestra huésped para hacer la segunda parte de Don Quijote.

-Así me parece a mí - respondió Cardenio - porque, según da indicio, él tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan pasó ni más ni menos que lo escriben, y no le harán creer otra cosa frailes descultos.

-Mirad, hermano - tronó a decir el cura - que no hubo en el mundo Felixmante de Hircania, ni don Cirongilio de Tracia, ni otros caballeros semejantes que los libros

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SEGUNDO

de caballerías cuentan, porque todo es compostura y ficción de ingenios ociosos, que los compusieron para el efecto que vos decís de entretener el tiempo, como lo entretienen leyéndolos vuestros segadores. Porque realmente os juro que nunca tales caballeros fueron en el mundo, ni tales hazañas ni disparates acontecieron en él.

- A otro perro con ese hueso - respondió el ventero -. ¡Como si yo no supiese cuántas son cinco, y adónde me aprieta el zapato! No piense vuestra merced darme papilla, porque por Dios que no soy nada blanco. ¡Bueno es que quiera darme vuestra merced a entender que todo aquello que estos buenos libros dicen sea disparates y mentiras, estando impreso con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente que habían de dejar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas, y tantos encantamientos, que quitan el juicio!

- Ya os he dicho, amigo - replicó el cura -, que esto se hace para entretener nuestros ociosos pensamientos; y así como se consiente en las repúblicas bien concertadas que haya juegos de ajedrez, de pelota y de trucos,

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SEGUNDO

para entretener a algunos que ni tienen, ni deben, ni pueden trabajar, así se consiente imprimir y que haya tales libros, creyendo, como es verdad, que no ha de haber alguno tan ignorante, que tenga por historia verdadera ninguno de estos libros. Y si me fuera lícito ahora y el auditorio lo requiriera, yo dijera cosas acerca de lo que han de tener los libros de caballerías para ser buenos, que quizá fueran de provecho y aun de gusto para algunos; pero yo espero que vendrá tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda remediarlo, y en este entretando creed, señor ventero, lo que os he dicho, y tomad vuestros libros y allá os avenid con sus verdades o mentiras, y buen provecho os hagan, y quiera Dios que no cojeéis del pie que cojea vuestro huésped Don Quijote. - Eso no - respondió el ventero, que no seré yo tan loco que me haga caballero andante, que bien veo que ahora no se usa lo que usaba en aquel tiempo, cuando se dice que andaban por el mundo estos famosos caballeros. A la mitad de esta plática se hayó Sancho

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SEGUNDO

presente, y quedó muy confuso y pensativo de lo que había oído decir que ahora no se usaban caballeros andantes y que todos los libros de caballerías eran necedades y mentiras, y propuso en su corazón de esperar en lo que paraba aquel viaje de su amo, y que si no salía con la felicidad que él pensaba, determinaba de dejarle y volverse con su mujer e hijos a su acostumbrado trabajo.

Llevábase la maleta y los libros el ventero, mas el cura le dijo:

- Esperad, que quiero ver qué papeles son esos que de tan buena letra están escritos.

Sacolos el huésped, y, dándose los a leer, vio hasta obra de ocho pliegos escritos de mano, y al principio tenía un título grande que decía: *Novela del Curioso impertinente*. Leyó el cura para sí tres o cuatro rengones y dijo:

- Cierto que no me parece mal el título de esta novela, y que me viene voluntad de leerla toda.

A lo que respondió el ventero:

- Pues bien puede leerla su reverencia, porque le hago saber que algunos huéspedes que aquí la han leído les ha contentado mucho, y me la han pedido con muchas veces; mas yo no se la he querido dar, pensando volvérsela a quien aquí dejó esta maleta olvidada con estos libros y esos papeles, que bien puede ser que vuelva su dueño por aquí algún tiempo, y aunque sé que me han de hacer